

ROSIE INGUANZO  
La Habana sentimental

*bokeh* \*

© Rosie Inguanzo, 2018  
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2018  
© Bokeh, 2018  
Leiden, NEDERLAND  
[www.bokehpress.com](http://www.bokehpress.com)

ISBN 978-94-91515-92-7

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## LA HABANA SENTIMENTAL

Si yo te dijera que Pablo Manicaragua me gustó más que ninguno, pero nunca se lo dejé saber. Y Alfredito Mole, el hermano de Alicia Mole, donde yo trabajaba, un día estaba yo de espaldas y él me abrazó, acabadito de bañarse, tapándose con la toalla me vino arriba. Pero no recuerdo con cariño nada; no me lo supieron dar a mí, para qué voy a querer y dar cariño al que no se lo merece. Porque yo ganaba dinero y a mí no me importaba hombre ni un carajo. A mí nunca me enseñaron cosas de hombres y mujeres; mi madre sí decía que no me dejara tocar de hombre y nada más.

Me coloqué la primera vez a los once años en casa de Otilia —el marido era mulato y dentista y ella era blanca; tenían una niña. Le limpiaba y le fregaba, le hacía de todo. Si lo que daban era 1.50 al mes y yo llevaba lo que me daban de comer. Vivíamos muy pobres porque mi papá jodió a mi mamá cuando se agregó y les maleó la finca a mis abuelos; siempre echado y no trabajaba, andaba con mujeres. Pasamos mucho trabajo; con lo que yo ganaba me vestía, me calzaba y le daba a mi mamá. Comía allí y dormía en mi casa. Me colocaba donde estuviera mejor. Alicia Mole me trataba muy bien y yo le cocinaba —desde chiquitita supe cocinar rico. Trabajé en casa de Lolita Díaz —casada estaba con Pepín. Y en Sancti Spíritus en casa de Argelia Gómez.

Había guateque en todos lados y yo era bien encabada; los hombres me hacían señas. Pero yo no tenía ideal de casarme porque me gustaba el baile más que nada. Iba de baile desde los quince años, en Guayos al Liceo, a la Feria Ganadera, en Cabaiguán a la Colonia Española y a La Sociedad El Progreso.

No era muy amiga de tener novio porque me gustaba más el baile y con novio no se puede. Por eso Alfredo Campanioni me

forzó; pero ése no tenía nada entre las piernas. Cuando volví a probar otra vez, al tiempo, seguía señorita. Alfredo era primo de mis primas que vivían en Las Charcas. Yo tenía diecisiete años y vivíamos en un callejón y las gentes me traían hasta mi casa cuando se acababa el baile, pero él me esperó en el callejón. Se quitó el saco y se me tiró encima, y mi mamá vivía ahí mismo, imagínate si yo gritaba la que se armaba. Me quedé quieta. Si tenía novio me gobernaba y a mí no me gustaba que me gobernara nadie. Figúrate que mamá se fue con uno a los catorce años y la obligaron a casarse.

Otro fue uno de Zaza del Medio, Elías Hernández, era ciego y nunca lo vi sin espejuelos. Era trigueño (me gustaban los trigueños y para que tú veas me casé con un rubio), y tenía una boquita linda aunque veía mal. Después yo me fui de Zaza del Medio y él fue hasta casa de Carlitos Quintero, mi primo, preguntando por mí. Estuve con hombres –para qué te voy a decir que era una santa. Yo no sabía que del contacto entre hombre y mujer salía un hijo. Si tú supieras que mamá nunca me enseñó eso.

En Jatibonico conocí a Chicho Tellería y por eso me fui para La Habana. Tremendo macho, sin embargo no daba hijos. En La Habana ennoviábamos. Era un tremendo pollazo, uy, un cuerpo; me compraba pollo, masarreal, churros. Un tipazo del carajo; trabajaba en el central y vivía en casa de las Vives. Chicho era de Jatibonico pero vivía en La Habana; tenía una vidriera de boletería cerquita de Sears y la hermana se la llevaba. Chicho no preñaba, era estéril. Se enamoró de mí y a mí no me interesaba antes casarme. Tremendo romance.

Fíjate que yo me fui sola a La Habana con la gente de El Agrimensor, colocada con la madre del jefe. Una conoce a mucha gente, hija, y yo era salpicona, iba detrás del contento grande que da el baile. Y en La Habana en la Playita del Vedado –La Sonora Matancera tocando toda la tarde. Yo me moría por

bailar, con varios hombres bailaba sin cansarme, dando vueltas. Se volvían locos conmigo. Vine en la guagua Santiago-Habana, desde Jatibonico hasta Santiago primero. ¡Ay cuando vi las luces por la ventanilla! ¿En qué año? Figúrate, jovencita, tendría unos diecisiete o dieciocho. No puedo acordarme... por el 42, sí, 1941 o 1942. Yo muriéndome por conocer La Habana, mientras trabajaba en el ingenio, en casa del agricultor que tenía la mamá en La Habana. ¿Tú sabes lo que era aquello? Era muy importante, la sabía preciosa, y yo no tenía manera. Si no es por el dueño del central que tenía a la madre allí. Soñaba como una boba con irme para allá. Pues él me dio la dirección y arregló todo. ¡Quería tanto irme a La Habana y cumplí mi sueño! Es así como me coloqué con la madre del agricultor, cerquita de Monte y Compostela. Soy tremenda. Pero ella nada más me daba doce pesos y en La Habana se pagaba más. Trabajaba mucho por doce pesos; estuve tres o cuatro meses y me fui. Luego me coloqué con un cónsul; yo tenía una amiga de Jatibonico (que fue novia de Joseíto el que se murió en el ingenio), trabajando ahí y me coló. No te ocupes que me la busqué siempre; ganaba treinta pesos y mi día libre me iba a bailar –y que yo era bailadora de verdad. ¡Lo que era La Habana! Me la soñaba allá en Jatibonico; La Habana me pone sentimental. Ah, por eso me da mucha lástima contigo, porque lo que yo viví, lo que yo viví... tú no lo has vivido jamás. Tú ves todo lo que tú has hecho de bueno y bonito, nada puede compararse con lo que era La Habana: la música en todos lados, los clubes, la pachanga de artistas, la felicidad de las gentes. Eso tú no lo has vivido jamás. ¡Ay hija lo que perdimos! Lo primero que se acabó fue la comida, luego las piezas de repuesto; después se acabó la pachanga, la fiesta verdadera, la alegría, los artistas nuestros y los programas lindos de televisión, los anuncios; detrás vimos cómo se iban del país o los metían presos o los fusilaban; luego cerraron los negocios, se perdió la propiedad, se perdió la vergüenza. Antes

te decían señora por aquí, señor esto; después era compañera esto, compañero esto otro. ¡Compañera la madre que te parió! Vivimos lo invivible pensando en qué comer. En tu tiempo llegaron los rusos con sus latas de carne rusa y sus compotas de manzana. Nos llevaban al campo en camiones, como ganado, pero no podíamos llevarnos ni un maíz ni un plátano para la casa. Nos desgraciamos.

Como un año y pico o dos estuvimos Chicho y yo arrimados noviando, pero no se puso a vivir conmigo. No hablo muchas cosas. Sufrí mucho. Mi familia me mata si se entera de lo que pasó. Yo vivía colocada; él vivía en un cuarto en el solar donde mismo vivía la gente esa que me metió en problemas. Figúrate qué.

María García, una de las Vives, me embullaba a salir a la playa. Yo no tenía ni ganas de salir ese día. Quiso que fuera con su amigo y el tipo era chulo. ¡Me metí en un lío! Da la casualidad que el tipo vivía donde mismo vivía Chicho y se regó la voz. Me escapé de la casa al día siguiente pero ya me habían desgraciado. Me desenredé. Las Vives de vengativas hablaron muchísimo de mí. ¿Qué pasó? Que querían que yo fuera puta. Me presté porque tuve que dormir una noche ahí, si no tenía a donde ir. Pero aquello me dolió mucho para toda mi vida, me frustró. Porque yo era buena y me pegaron gonorrea. Me tuve que poner lavados de permanganato de potasio y mucha penicilina. Los dolores que pasé como de parto, podrida allá abajo. Dios me ayudó. Cuando caí con la regla y vi lo mal que estaba... tenía diecinueve años y hasta menos.

¡Varios hombres Dios mío, todos en una noche! Caí en una desgracia. Caí en mala compañía sin saber nada. Qué vergüenza. Y me pude sacar de ahí, irme –yo no estaba hecha para eso. Fui para la calle sin saber dónde estaba, ni un chalina, con lo que tenía puesto, y me dije, aunque duerma por ahí o me recoja un automóvil. Entonces vi a un marinero que vivía enfrente y me

ayudó, me llevó a casa de una señora que conocía a mi papá, Aurora Villaldea. Porque Dios es grande. Me dijo, no te ocupes que no te va a pasar más nada. Ese marinero fue muy buena persona, y yo le conté lo que me había pasado, que me querían meter a puta y me habían violentado. ¡Qué casualidad! Dios me lo puso ahí. Él me consiguió un trabajo con Aurora y se me abrieron las puertas en La Habana. Aurora me pagaba doce pesos al mes. A ella le hice un mantel bordado, un mantel de punto, con bordado chino. Yo fíjate que ni al cine iba, después de aquello me veía la vergüenza; como por cuatro o cinco meses no puse un pie afuera, me quedaba bordando. Dios me ayudó. Me dolió mucho para toda mi vida. Ya no escribas de eso.

Con tu padre fue distinto; lo reconocí en una parada de guaguas, digo, como era de Guayos yo le respondí el saludo porque nos conocíamos de vernos (el papá de tu papá tenía la panadería en la piquera de Guayos). Yo tenía veintitrés añitos y trabajaba en J, en El Vedado. Después de la parada él enseguida me invitó al cine. Muy atento y fino; ahí empezamos a salir... y después un día se fajó conmigo y me dio un cachetada. ¡Y te iba a decir a ti! Le dije, a mí no me hables más, fuiste muy atrevido. No le hablé como por un año. ¡Cómo me va a hacer eso a mí! Se disgustó porque le dije que no tenía ganas de salir, que me sentía mal, siendo mentira, cuando en realidad quería irme a bailar con Arcaño y sus Maravillas. Él se escondió detrás de unos arbustos y me vio salir de rumba ¡Y lo bonita qué iba!

Pasó el tiempo y María García me puso las manos de tu padre sobre los ojos, como la gallina ciega, para que lo perdona. Es que a mí nunca nadie me había hecho eso de meterme una cachetada, y por gusto, porque era muy celoso, celoso que yo no podía mirar a ningún lado y yo me vestía bonito, nací con salsa, llamaba la atención.

En la piquera de Guayos donde están las máquinas y todo, había unos elevados, pues ahí tenían tus abuelos panadería

y dulcería. Dice tu padre que él me veía de chiquita por ahí merodeando la panadería de ellos y me decía, váyase para la casa que ya está el ciclón llegando y va llover mucho. Y que yo miraba el cielo a ver si era cierto. Iba a ver lo que se caía, figúrate, muerta de hambre como estaba. También iba al cuartel a buscar comida en una cajita que el cocinero de ahí que se llamaba Luis me guardaba. Como catorce o quince años tendría. Y mamá comía y mis hermanitos chiquitos y todo. O me robaba una gallina suelta, con un saco, así, le torcía el pescuezo.

Nos casamos en la Revista Bohemia (que estaba por Prado), tu padre era empleado de Quevedo el dueño y se casaban allí todos los empleados de gratis; era un edificio muy bonito y nos tocaron las campanitas. Todos los maquinistas de la estación de trenes de La Habana también lo hicieron –casi todos eran juntados. Ay si Bellita y Alex eran grandecitos ya y estaban allí –yo siempre los tenía lindos. Después Alex me preguntaba, mamá ¿dónde está el saquito mío? Porque ese día le sacamos la ropita de una casa de empeño y después lo devolvimos todo. Los zapatitos de charol con medicitas blancas. Pero mi vestido verde de mangas embuchadas me quedaba tan bonito. Y me peiné en la peluquería un peinado alto; yo estaba monísima en ese tiempo. Alejo me regaló una sortija doble que no era buena –él no tenía tanto dinero–, era de plata. Pero después se pusieron prietos y a mí no me gustaba nada que se pusiera prieto; tenía el solitario y el otro, los dos juntos. Yo estaba contenta y tu padre genioso como siempre. Me arreglé en la peluquería y claro que me demoré, y así y todo fuimos los primeros en llegar. ¿No se va querer casar?

De tu padre me enamoré de la manera de ser que él tenía; me gustaba que fuera así. Un día fuimos a su cuarto y me arrojé en la cama; él tenía un cuarto arriba en la azotea en la calle O, cerquita de La Rampa, y como no tenía sobrecama le dije, ah no, si vamos a estar aquí hay que poner sobrecama, y la compró



enseguida. Tu tía Nena fue con tu abuela allá al cuarto y ahí nació Bellita. Acuérdate que tu papá cantaba bien. Me acuerdo cuando se casó Layo –que tocaba la guitarra que era un lince– y tu padre cantó tangos y otras cosas; tenía buena voz. Él me decía, vaya para el cuarto a cuidar a la niña que ya usted tiene una niña. ¡Pero otras habían parido hasta tres y estaban en la pachanga!

Ya estábamos compenetrados; imagínate, nos enamoramos y salí en estado enseguida. ¡Ay, tremendo! Nació tan linda; era una muñequita. Yo había salido encinta como tres o cuatro veces y me los había sacado, pero ésta lo quise tener (a mí me gustan los niños). Tenía veintitrés años. Crecía y hacía así como un gusanito adentro y se movía, ay sí, y después como un calambre. ¡Me salió un calostro en los senos que se estaban limpiando! Al que no le pude dar del pecho fue a Alex, porque estuve muy grave y casi me muero. Tenían que haberme hecho cesárea, pero en aquel tiempo. ¡Me montaron los pies en un estribo! Me lo botaron como que estaba muerto y yo que estuve dos días de parto. Me dijeron: está muerto. Les dije, ¡cójnlo carajo y enderécenle la legua y denle dos nalgadas!, y enseguida empezó a llorar. ¡Si los médicos tenían hasta aquí de sangre! Pesó ocho libras y media y yo era flaquita aquella vez; aunque no era por flaquita, era porque el hueso mío era pequeño. Venía de cabeza y tuvieron que operarme; fue más malo que cesárea lo que me hicieron a mí; las piernas eran unas macetas de hierro. Muchacha, tenía puntos de plata aquí cogidos, de los otros puntos también; fue tremendo. A Alex no lo pudieron bañar como se baña un niño, la cabecita estaba pegajosa, no sé, no me lo bañaron; la gente es así. Y una viejita de Pinar del Río que yo ni conocía, un alma de Dios, me dijo, te lo voy a bañar, y lo agarró y me lo dejó bañado, le quitó todo aquello, lo entalcó. Ocho libras y media pesó, el más grande de los míos. Luego le daban leche especial porque yo no podía; ni moverme podía,

me hacían de todo. Estuve diecisiete días y me acuerdo que Orestes –yo lo quería a tu tío– me trajo una faja igual a la que tú tienes. ¡Qué peste a rayos coge por dentro! Fueron tu padre y tu tío a buscarme, y como Quevedo le había regalado cien pesos a Alejo, él me compró una sobrecama de lo más bonita –llegué a la cama tendida. Tu papá le había comprado la cuna y Bellita estaba en la casa con Pilar mi hermana cuidándola. Pero Pilar me decía pesadeces. La cuidó, sí, pero ¿ayudarme ella? No era tan buena nada, quiso un pulóver mío y se lo llevó de todas maneras; quiso unos espejuelos y me los robó también. Pero me cuidó bien a la niña –si era una muñeca Bellita, ¡qué linda era con dos añitos! Fíjate que cuando Rosita Quevedo la vio le hizo regalos. Alex era precioso y yo loca por tener un macho y lo tuve. Tu padre da niños lindos, una piel muy linda, todo el mundo no tiene esa piel. Con los dos en la casa, mis tesoros, pues yo hacía comida y todo; en una silla ponía el cubo y limpiaba; tu padre me ayudaba a limpiar debajo de la cama. Y las gentes que venían a mi casa en lugar de ayudarme venían a comer nada más.

Si tú supieras que entre Bellita y Alex tuve a otra prematura que no pudo ser porque yo no tenía fuerza adentro, hice mala la barriga. Yo la estaba salvando hace tiempo pero una noche me entraron unos dolores. Si después del parto no vi regla ni nada; fue malísimo, no aguantaba nada en mi vientre. Le faltaba un poquito para los cinco meses; era una muchachita así de grande. Me mandaban a estar acostada pero con una recién nacida. ¿Sabes lo que hizo tu papá? Llevarme a Miguelito, el hijo de Oscar, cuando me mandaban a estar acostada y hacer reposo, porque la madre lo tenía en una cajoncito lleno de moscas y todo, y a él le dio lástima. Pero ese niño tenía diarrea –la mía, como todos ustedes, cagaba un mojoncito normal, pero el otro tenía unas diarreas que se lo tuvimos que llevar al médico y curarlo, darle leche evaporada y cuidarlo hasta que se puso

bueno. La madre estaba tuberculosa; había estado en Topes de Collantes curándose –si las desgracias vienen juntas todas. El padre lo vino a buscar un día antes que ella muriera. Años después me dio gusto cuando Miguelito se casó y tuvo cinco hijos monísimos. Pero Bellita era gordita y yo estaba mal y tu padre me decía cállate, y tú te crees que yo me quejo porque quiero. Me sentía los dolores terribles y él tenía que trabajar. Yo estaba gordita con el embarazo pero estaba floja. Algo me olía mal porque después de cuarenta días de parida una tiene el periodo y nunca me vino. Por eso mismo la perdí, porque estaba muy floja todavía. Tremendo lo que pasé. Me afectó que por aquella época se murió tu abuela Rosa y yo le tuve que dar la noticia a tu padre. Igualita que tus hermanas, así de este tamaño, una niñita que boqueaba y todo, pobrecita –la hubiera querido tener. Y una cantidad de leche en el pecho desperdiciada que para qué.

Qué cosa la vida. Se le veían las paletitas, la cabecita formada, casi cinco meses; salió viva y vino a morir. En la calle Línea, Hospital América Arias, me pusieron una inyección en el muslo y la boté enseguida. La hubiera querido salvar pero era otro tiempo –porque después que los tengo los quiero. Se me salió fácil; era igualita a ustedes; me dio un sentimiento. Figúrate si estaba lista que tenía una cantidad de leche que las toallas puestas aquí se empapaban. Ahí en el hospital había una negra que estaba seca, que había dado a luz a una negrita y yo le negué la leche. Mi mamá me había enseñado que con los negros nada, de fuera a fuera; pero me lo sentí después. Estaba seca y yo llena de leche, amarrada a una cama. Ay Dios no quiero hablar de eso, bastante fuerte que he sido con todo lo que he tenido que cargar.

Casarse no es nada. ¿Cómo con dos niños no me iba a querer matrimoniar? Era darles el apellido. Ellos eran grandes ya cuando nos casamos y en la boda corrían en la Revista Bohemia como si estuvieran en una fiesta. 21 de diciembre de 1959. Yo

me había comprado ese vestido de terciopelo verde, era mío, y tu papá hizo así y lo tiró en el inodoro y haló la cadena, lo rpió en pedazos cuando supo que Miguel Ángel Quevedo, el director de la Revista Bohemia que fue testigo de la boda, se había asilado en Venezuela huyendo del comunismo. Todo el mundo de blanco y yo de verde ¡porque me quedaba lindo! Tu padre se encabronó y rompió hasta las fotografías de la boda. ¡Y más bonita que quedé! Pero ese día se cagó en mi madre porque me demoré en la peluquería, así y todo fuimos los primeros en llegar –todos los empleados se casaban ese día. ¿Cómo no se iba casar y poner los hijos legítimos y todo? Quevedo fue testigo de la boda junto con otro del gobierno de Batista.

Me perdió la confianza desde aquella vez que peleé con él durante un año porque me dio una trompada, cuando le dije que no iba a bailar y él se lo sospechó y se quedó esperando detrás de un arbolito de adorno. Pero para lo único que yo sí me iba era para el baile; a mí me encantaba el baile, bailar y dar vueltas hasta marearme, las canciones de antes, las orquestas, la alegría del baile. Todos los hombres querían bailar conmigo y me los sacudía como moscas. Lo más feliz de la vida es el baile y los hijos.

Cuando se fue Alex me sentí morir, en botecito así que lo tenía en el baño, no era un bote fuerte, imagínate, eso se vira y se ahogan. Pues llegaron con un solo remo. Pensé que no lo vería más, veía su pijama, su ropa. A los tres días nos llamaron, todo bien, dijeron, pero no lo pusieron en línea –parecía que se había ahogado. Oía en la noche decir, mamá, mamá, como que se estaba ahogando con dieciséis años, y tu padre estaba callado vuelto hacia adentro. Pero si era un niño. Veintisiete puntos me dieron cuando él nació (yo era muy estrecha y parir es del carajo pero lo mejor de tener hijos es cuando nacen, verlos).

Tú naciste de cinco a seis de la mañana y ni puntos me dieron contigo. No tuve tantos dolores; fue el parto muy bueno

—como naciste antes de tiempo. Porque con los otros yo quería morirme, me pusieron gomas, sueros. Te mecía y te daba leche y jugo a media mañana, y unas gotitas que el médico te había mandado con el jugo. Eres blanca ahora pero en aquel tiempo eras un almidón prieto —dijo tu papá, yo blanco, rubio y colorado y ésta prieta así. Pues mira, ella va a crecer y tú verás. Mira como tienes el pelo de él, el lunar rojo suyo en la nariz, la marca.

Ay sí es feliz tener un hijo, ver el molde. Y con todo lo que he pasado y soy sana allá abajo. Parir es bueno, parir limpia a uno, hija. Ves a tu niño y le ves las manitos, los piecitos, y ellos te miran y te buscan porque saben que eres su mamá, desde que nacen saben que el calor ese es tuyo; es lo más feliz que hay. Los vestía bonitos... yo tuve eso, los vi crecer. El Vedado era un buen barrio. O y 23, en una casa de huéspedes, y cuando había norte había que cerrar la ventana porque salpicaba el mar, yo tenía que lavar los pañales abajo en el lavado. Y la cuna atravesada ahí. Allí había un retirado muy fresco y atrevido que se llamaba Artola, que andaba con una bata de casa para que le diera el viento y enseñarme todo. Pero conmigo pocas y buenas (yo callada la boca que si le digo a tu padre se faja). Era así ¿ves?, como un castillito. Allá arriba vivíamos viéndolo todo. Un día fui a darle café a tu padre y me hizo una cosa ¡puaf! Díceme él, tú te orinaste, pero qué va, ¡era la fuente! La barriga tuya también fue de agua. Alabado sea Dios, me puse una sábana vieja de trapo pero qué va, era un río; cuando se me acabó el agua estaba lista de ti. Vivimos ahí poco tiempo porque de ahí nos mudamos para un lugar grande y mejor pero donde había putas que entraban y salían. Tu padre alquiló a una mujer que tenía mujeres trabajando para ella. ¡Allí me trajo! Poco después mejoramos y fuimos al Almendares, donde había una bodega que tenía bar y al frente la tienda de los chinos donde yo compraba mandados. Ahí crecieron los dos primeros.

De ellos dos a ustedes dos pasaron como quince años porque yo me ponía anillo, diafragma, de todo, y aun así tu padre me preñaba. De olerme nada más salía embarazada. Me hice once abortos. Para sacarlo a mí no me hacían tomar nada como hoy en día. Yo no miraba, no quería ver lo que hacían; dolía mucho con anestesia local. ¿Sabes por qué yo no quería parir? Tuve que trabajar la agricultura antes y después de tú nacer porque si no lo hacía no me daban círculo infantil ni canastilla para ti. Regando café, desyerbando, recogiendo malangas. Al café lo sembrábamos y lo tapábamos con sacos para que salieran las posturas. Capeábamos los surcos con guatacas. Trabajaba en la dulcería de la Terminal de ómnibus durante el embarazo y en el campo para que me dieran canastilla.

Ese día me sentía mal, las piernas se me doblaban; ya por la noche estaba de parto tuyo. Aquella gente no me creía que no estaba bien, esa gente no creía ni en la madre que los parió. Yo era la que sacaba las bandejas de pasteles y dulces, subía cargada con bandejas porque la panadería estaba en el sótano. Subía y bajaba todo el día, embarazada de ti, por una escalerita de concreto. Vendía las orillas de los pasteles a un peso el paquetito, y me dijeron que no lo hiciera porque había demasiado dinero en la caja. Los comunistas preferían botarlo que dárselo a los hambrientos. Y los muchachitos muertos de hambre se volvían locos con aquello; pero en la Cuba de Fidel no podía hacerse tanto dinero en la dulcería. Me partía el alma no dárselo a los muchachitos que venían a preguntar por las sobras —un grupo de ellos a la hora de cerrar y yo sé de eso.

Unas hormonas que me dio el de la botica. Me daba vergüenza; yo no quería parir. Tan vieja y embarazada. ¡Cuarenta y tres años! Después yo te quería, te arropaba. Le hubiera echado arena a los ojos de los hombres mirones, a los que tiraban piropos. Un día estando en estado me dijo un negro que iba echando en bicicleta, ¡oiga, señora, qué fuego hubo debajo

de esa loma! Figúrate, ¡fuego igual que el que tuvo tu madre cuando te parió a ti! –le respondí. Unos asquerosos.

Las hormonas para abortar eran en la vena y tu papá me las puso en la nalga. Se me infectaron; me salieron unos granos que no podía ni dormir. Me ponía sulfato de sosa, me ponía fomentos de algodón con sulfato. Aquello se puso peor; imagínate, trabajando en la agricultura. Y saliste tú.

Cuando se jodió todo mataron a Manzanita; tu papá lo quería cantidad. La gente estaba alzada, mataron e hicieron muchas cosas malas, acusaban a la gente. Tu papá tenía un miedo del carajo; cogían a la gente por cualquier cosa. Por eso ripió los retratos de la boda, porque Quevedo estaba en las fotos. Les quitaron todo, les hacían juicios, fusilaron a Morejón, a Blanco; las mujeres escupían en la cara de los que iban ante juez. Eran gente mala. A tu papá le gustaba aquello –si tu abuela doña Rosa era comunista–, pero aunque era mentiroso, no era bandido.

Alex era un muñequito, imagínate yo no cabía en mí, mi único hijo macho. Tu padre le cortaba las batitas por el cuello porque era fuerte y lo ahorcaba, temía que se ahogara. Yo le miré los güevitos cuando nació porque tu papá tenía un güevo nada más –cállate y no digas nada de eso en el papel. Pero si está muerto hace veinticinco años. ¡Ay lo qué es la vida! A Alejo no le gustaba que lo dijera. ¡Tenía un genio! Pero siempre venía al lado mío cuando estaba de parto y si necesitaba sangre me la daba. Tu padre tenía la sangre universal que le sirve a todo el mundo. Antes de Bellita me había sacado uno de tu papá mientras trabajaba en una casa –de Alberto Mauro y Haydee su mujer, pobrecita, aguantaba aquello (Alberto tocaba el violín y tenía una querida a la que le alquilaba el segundo piso). Yo vivía en el sótano primero, y el jardinero en el segundo sótano, en J y esquina calle 9 del Vedado.

Alex nació en el 52, en el Calixto García; Bellita en el 49, en el América Arias. Vivíamos frente al Hotel Nacional, en O.

Allá nació Bellita –Rosita Quevedo le hizo una bata de opal bordada. Entre Alex, Bellita y ustedes, me puse el anillo todos esos años, el diafragma, de todo; pero salía embarazada a cada rato. Pasaron años. El de tu hermana no era mal embarazo, pero después yo quería morirme; tenía que nacer el día nueve y salió el día once, ya se había hecho caca y todo dentro de mí. Las gomas que me pusieron eran para ella que ya no podía respirar dentro de ese ambiente, estaba pasada. Siete libras y media peso, gordita y roja. Bellita pesó seis libras y un cuarto, pero después se puso gordita. Alex fue el más grande, con ocho libras y media.

El tuyo parecía de jimaguas y después se me fue en agua. Pesaste cinco libras y un cuarto y cabías en una caja de zapatos. No estabas formada: la piel prieta morada, se te veían las venas. Eras prietecita. Tu padre me dijo, esa no es hija mía, mis hijos salen rubios, rosados. Pero después se te quitó y te salió una pelusa blanca. Dulce, la nuera de Petronila, les hacía las batistas y Teresita se las bordaba. Después de grandes se las hacía Antonia, tan buena que era y cómo cosía con las manos llenas de grietas. Antonia vivía frente a la playita de 36 y tenía esa enfermedad que te abre llagas en las manos, pero cosía mejor que nadie ¿verdad? ¿A que te acuerdas?

Es que me mortificabas, te perdías y yo sin saber dónde tú estabas. Te ibas para allá arriba, a la azotea. Lo que cuesta un hijo, con lo que duele parir y tres o cuatro meses de dar leche, y el dolor de parto, una no tiene consuelo hasta que salen la cabeza y los hombritos. Tenía que darte golpes, eras la candela, venías sucia caída la noche ya. Una tunda te esperaba.

Todos tenían pecas y eso es cosa mía, vaya, lo sacaron de mí. Biajaca de río fue lo que me las quitó; me la pasé por la cara y se me quitaron todas. Se las debí haber pasado a ustedes cuatro, pero me gustaba vérselas en las caras. *Abre cuita buirindingo. Bruca Maniguá, Ae. Échale bruca maniguá*, que esa negra a mí me engaña. *Bruca Maniguá, Ae.*



Tu padre no se casó conmigo nada, él vivió conmigo primero. Se casó conmigo a los años, habiéndole parido dos hijos. Pero también se enamoró de mí. Nos casamos luego. Se iba a casar conmigo en el 57 pero pasaron muchas cosas. Nadie sabe a dónde llega hasta que va. Nos casamos el 21 de noviembre del 59 en la Revista Bohemia. Ese día se casaron como cinco o siete parejas. Nos tocaron la marcha nupcial y todo. Impetuosa y linda que estaba; él fuerte y potente, un macho de verdad. Él me llevó a la Revista Bohemia y formalizamos el concubinato –tú sabes que eso no se decía pero la gente es muy chismosa y como ya habían nacido Bellita y Alex. Me hice once abortos de tu padre (¡lo nunca visto el macho que era!) –los de antes de él no cuentan ya.

Mamá era un ángel de buena, se traía pollos y de todo cuando venía de Cabaiguán. A ustedes las cuidaba; muy noble que era. Yo le compraba vestidos, la llevaba a la peluquería y cuando regresaba a Cabaiguán era otra. La gente le decía, María, ¿y la hija buena suya? Yo hubiera querido que ella hubiera gozado todo lo mío.

Pues mi papá fue el colmo cuando citaron a mamá. Piensa ella, eh ¿para qué me citan a mí, si yo no he hecho nada malo? ¿Y tú sabes para qué era? Para que le firmara el divorcio. De viejitos ya salirle con esa gracia. ¿Tú sabes lo qué es eso? Para casarse con la otra y dejarle la pensión a la otra. Mamá se lo dio –si ella no quería saber de él, ya mamá tenía a Zoilo. Luego mi hermano Maurilio y toda esa gente le quitaron todo lo que tenía de Zoilo –sus propios hijos, pobrecita. Ellos no eran malos, pero. René una vez vino a mi casa y vio la foto de ella y se echó a llorar... ella paraba en casa de René también.

Tu papá era muy duro conmigo porque fijate que un día Carlos dejó la candela encendida, digo, el gas abierto, y tu papá le echó la culpa a mi mamá y yo sé que mi mamá era incapaz de hacer eso. Respetuosa igual que yo, mi mamá se fue

el mismo día para casa de mi hermano René. Y no halagaba a mamá como a mí me gusta. Celoso de todo, era del carajo, me celaba hasta de una escoba. Cuando estaba al parir a Alex yo planchaba de noche porque con los niños de día tenía mucho trajín, y él trajo a Orestes tu tío a quedarse con nosotros. ¡Qué va no no no no, yo no quiero ese querer! Teníamos a Orestes durmiendo en una columbina y una noche tu padre se despertó y se puso como una fiera. ¡Putá! ¿Qué tú hacías levantada? ¿Que qué hacía? ¿Que qué hacía? ¡Planchando la ropa que de día no puedo por los niños! Él se creía que Orestes y yo estábamos en algo pero Orestes me respetaba a mí. ¡Putá, gritaba, y me dio un puñetazo en la cara que me tuve que poner hielo! ¡Con la barriga que yo tenía! Era tremendo. Sí, sí me daba golpes. Darte un puñetazo y empujarte contra la pared es darte golpe. Y hacerme yo un curetaje y él me hacía lo otro también; cuando estaba delicada allá abajo me obligaba. Ya tú sabes por qué no lo dejé, porque los tenía a ustedes. Y la familia mía cómo era que ni le importaba. Era malo, no era bueno nada, como tu hermana, hacía una buena y diez malas. Ése nunca tuvo asidero; cuesta trabajo entenderlo.

Sí me traía cosas de casa de Quevedo, hay veces comida, hay veces café, jamón picado así, en lascas –como daban banquetes. Si me compraba una cosa me la compraba bien bonita. Sí, él tenía gusto para comprarme un vestido, una joya –un día me compró una gargantilla y un pulso y me los compró lindos, lindos de verdad. Cuando tuve a Alex me compró un vestido color coral con el cuello de terciopelo negro ¡qué me quedaba! Sabía lo que me gustaba y yo que era bonita a donde quiera que iba acababa.

Gudelia le pusieron a mi hermanita que era tan linda y habladora, una muñequita. Le encantaba la mantequilla, decía, mami, mami quiero más. Tenía trece meses cuando una tía la sacó desabrigada del río y cogió tuberculosis o neumonía. Tu

abuela le metió el dedo en la boca y la lengua ya estaba fría, helada, casi muerta ya. ¡Ay! Juanita fue otra hermanita mía, murió a las veinticuatro horas de nacida, le faltaba la mitad de la cabeza, nació imperfecta.

Dice mi mamá que mi padre, que era comadrón, y mi abuela Herminia Hidalgo, tan buena que era, me asistieron cuando yo nací. Eh, mi abuelita Herminia Hidalgo —que era espirituable, la madre de papá—, tuvo diez hijos: los mellizos Vicente y Herminia (pero le decían La Niña), Fidelma, Julio, Luis, Senén, Gilberto (que era sastre), Germán, Luisito (que salió pelón, porque en las familias siempre hay un pollo pelón; fijate que Luisito tuvo una novia y después se tiró de indigente, dormía en el cine). Luego tuvo a Rafaelito y a Ulises mi padre, que también salió sinvergüenza. Yo vivía con ella, que cocinaba en carbón el chicharo entero, no como ahora, y quedaba de lo más sabrosa la comida. ¡Qué bien cocinaba Herminia Hidalgo! Ya yo estaba aprendiendo en la escuela pero nunca supe en qué grado estaba. A ver, segundo grado y malo, empezando. Bueno yo nací en Jatibonico y en 1933 me fui para Guayos con mi familia, pero papá como a los dos años o tres de estar allí cayó preso —le echaron una culpa de algo que no hizo. Y nos fuimos a vivir al garaje de la casa de Benito Quincoses, un primo hermano de papá. Pero Benito no podía ver a mi padre por lo malo que era con nosotros; fijate que le consiguió trabajo en el Central y cuando estábamos de lo más bien papá se escabullía llevándole comida a una mujercita que tenía. Cuando el Central La Vega pitaba de madrugada, renegando iba, porque lo que quería era joder sin trabajar. Mientras papá estuvo preso vivimos en el garaje de la casa de Benito, con todos los hermanos míos y mamá. Nunca tuve colchas ni toallas. Nos tapábamos con periódicos y con sacos; nos secábamos con trapos y ropa vieja. El baño era el inodoro, le poníamos una tapa para que no apestara y nos bañábamos con un cubo al lado. Ya como en

el 1938 o 39 estábamos en Guayos, que era muy bonito y muy alegre; había un parque con quioscos, casitas criollas, carreras en sacos, y fíjate si era alegre que iban gentes de todas partes. Había un árbol enorme, una Ceiba en el medio, y la dividían en dos, los negros para allá y nosotros para acá, debajo del árbol, divididos por la cerca. No me daba pena por ellos porque había una sociedad para la gente de color; nos llevábamos bien pero no nos mezclábamos. Con quince años ya iba a todas las fiestas. Una vez fui hasta Cabaiguán a un baile en el reparto obrero, con mis amigas. Me colocaba y ganaba seis pesos al mes, comía en las casas que estaba y le llevaba comida y puerco a mi mamá.

Catorce huevos sacó la pollona jabada, poniendo todos días en la finquita en Lebrija –a papá le dieron una casita ahí. La gallina se echó en un platanal y trajeron los huevos. Papá nunca quiso a nadie. A un bagazo poco caso. Pero abuelita era una santa. ¡Ay Herminia Hidalgo, eras un ángel! Cuando nací creo que el presidente era Estrada Palma, ¿San Martín sería? Porque Machado vino después. Cuando Machado la cosa se puso mala de verdad. Tu abuelo tuvo que irse para Guayos porque en Jatibonico lo iban a matar, y yo me quedé con mis abuelos. Mi abuelo Rafael Pérez Grillo era rubio de ojos azules –tenía de alemán o de irlandés, pero eran catalanes (sus hermanas Charito y Brígida eran catalanas las dos, hablaban catalán entre ellas). Abuelo trabajaba en el Central de Jatibonico y en el rastro de carne, y le daban carne que mi abuelita cocinaba de lo más sabrosa.

*Abre cuita buirindingo. Bruca Maniguá Ae.* Échale *bruca maniguá* –yo me sé muchas canciones. Allá en mi pueblo Guayos había matinée bailable en La Colonia España y en el Liceo. Pero yo nací en Jatibonico –era un pueblo alegre y bonito. Nací en casa de mi abuela; ella y mi papá fueron los comadrones. Y tu papá nació en Guayos.

Sarita Figueroa era artista y tenía un lunar en la ceja; cantaba así: Me vinieron con payasadas y ahora estoy mucho mejor,

tengo de socio un negrito (ya dejó de ser actor), cómpreme usted este termito que lo vendo al por mayor, el sabroso cafecito que no hay quien lo haga mejor. Y alzaba la ceja con el lunar aquel. La mamá de Sarita era de lo más buena, me regalaba vestiditos y cosas que se les quedaban a sus hijas. Yo nada más ganaba seis pesos al mes colocada en casa de Alicia Mole, que me daba carne de puerco y tabaco –ella me pedía que se lo encendiera el tabaco. Luego me coloqué en casa de Dulce González, la tía de Sarita. Vivían frente al trapiche de Guayos –donde hacían raspadura, vendían guarapo.

Ah, todo pasa mi hija, todo. Ahora tú te pareces al pollo de Maurilio, arengado que ni para meterle el diente, pero te vas a poner buena. Si una vez a mí se me cayó todo el pelo del cuerpo, todo, las pestañas, allá abajo, me quedé pelona como un pollo desplumado, como un perro con sarna. Cogí sarna, no sé. Yo no salía a ningún lado porque imagínate, pelona como estaba le daba miedo al susto. Nadie me reconocía. Pero al poco tiempo me empezó a salir de lo más bonito. Otra vez, cuando tu hermano se fue en balsa se me fue la voz, estaba como loca. Como oyes. Me quedé muda, no podía hablar. De los nervios. Muda como mi hermano Ao. Abría la boca y no salía nada. Tenía cuajera mi hija, abatimiento. Se me acabaron las lágrimas, me quedé seca. Si he pasado cada cosa.

En el patio de mi abuelo tú escarbabas y encontrabas dinero; barriendo uno se encontraba monedas. En esa época se usaba enterrar el oro. Un día fui a tomar agua a la cocina y lo vi en la mata de mango y me desmayé del susto. Mi abuelo le hablaba: Bájate de la mata Juan Bla, decía con la voz ronca. Abuelo me decía que cuando lo viera en la mata me hiciera como que no lo veía, que el muerto tenía sus deudas y hasta que no le ubicaran su dinero en algún lugar que él sabía no se iba a ir de la casa ni a bajarse de la mata. A veces estaba en la cocina y en la mata de mango a la misma vez. Pero yo disimulaba muerta de

miedo. Aprendimos a vivir con él deambulando por ahí. Venía a visitar a mi abuelo en sueños y le hablaba en lenguas; por eso mi abuelo no podía ayudarlo, porque no sabía lo que decía.

Ulises tu abuelo alumbró a mis hermanos Tato y Dagoberto; a Pilar no porque estaba preso cuando ella nació. Pero era un sinvergüenza. Mi madre le consiguió trabajo en el central de Guayos y le molestaba levantarse con el silbido del Central. Tenía su cosita amorosa por ahí y no cumplía. ¡Mira que morirse con 105 años! Él sabía, tenía uso de palabra, despedía duelos, hacía bastidores, los sabía tejer y armarlos. Cuando se fue de la casa yo tenía quince o diecisiete años. Y entonces sí que se pusieron las cosas malas de verdad.

## CATÁLOGO BOKEH

- ABREU, Juan (2017): *El pájaro*. Leiden: Bokeh.
- AGUILERA, Carlos A. (2016): *Asia Menor*. Leiden: Bokeh.
- (2017): *Teoría del alma china*. Leiden: Bokeh
- AGUILERA, Carlos A. & MOREJÓN ARNAIZ, Idalia (eds.) (2017): *Escenas del yo flotante. Cuba: escrituras autobiográficas*. Leiden: Bokeh.
- ALABAU, Magali (2017): *Ir y venir. Poesía reunida 1986-2016*. Leiden: Bokeh.
- ALCIDES, Rafael (2016): *Nadie*. Leiden: Bokeh.
- ANDRADE, Orlando (2015): *La diáspora (2984)*. Leiden: Bokeh.
- ARMAND, Octavio (2016): *Concierto para delinquir*. Leiden: Bokeh.
- (2016): *Horizontes de juguete*. Leiden: Bokeh.
- (2016): *origami*. Leiden: Bokeh.
- AROCHE, Rito Ramón (2016): *Límites de alcanía*. Leiden: Bokeh.
- BARQUET, Jesús J. (2018): *Aguja de diversos*. Leiden: Bokeh.
- BLANCO, María Elena (2016): *Botín. Antología personal 1986-2016*. Leiden: Bokeh.
- CABALLERO, Atilio (2016): *Rosso lombardo*. Leiden: Bokeh.
- (2018): *Luz de gas*. Leiden: Bokeh.
- CALDERÓN, Damaris (2017): *Entresijo*. Leiden: Bokeh.
- DÍAZ DE VILLEGAS, Néstor (2015): *Buscar la lengua. Poesía reunida 1975-2015*. Leiden: Bokeh.
- (2015): *Cubano, demasiado cubano. Escritos de transvaloración cultural*. Leiden: Bokeh.
- (2017): *Sabbat Gigante. Libro primero: Hojas de Rábano*. Leiden: Bokeh.
- (2018): *Sabbat Gigante. Libro segundo: Saigón*. Leiden: Bokeh.
- DÍAZ MANTILLA, Daniel (2016): *El salvaje placer de explorar*. Leiden: Bokeh.

- FERNÁNDEZ FE, Gerardo (2015): *La falacia*. Leiden: Bokeh.  
— (2015): *Notas al total*. Leiden: Bokeh.
- FERNÁNDEZ LARREA, Abel (2015): *Buenos días, Sarajevo*. Leiden: Bokeh.  
— (2015): *El fin de la inocencia*. Leiden: Bokeh.
- FERRER, Jorge (2016): *Minimal Bildung. Veintinueve escenas para una novela sobre la inercia y el olvido*. Leiden: Bokeh.
- GALA, Marcial (2017): *Un extraño pájaro de ala azul*. Leiden: Bokeh.
- GARBATZKY, Irina (2016): *Casa en el agua*. Leiden: Bokeh.
- GARCÍA, Gelsys (2016): *La Revolución y sus perros*. Leiden: Bokeh.
- GARCÍA, Gelsys (ed.) (2017): *Anuncia Freud a María. Cartografía bíblica del teatro cubano*. Leiden: Bokeh.
- GARRANDÉS, Alberto (2015): *Las nubes en el agua*. Leiden: Bokeh.
- GINORIS, Gino (2018): *Yale*. Leiden: Bokeh.
- GÓMEZ CASTELLANO, Irene (2015): *Natación*. Leiden: Bokeh.
- GUERRA, Germán (2017): *Nadie ante el espejo*. Leiden: Bokeh.
- GUTIÉRREZ COTO, Amauri (2017): *A las puertas de Esmirna*. Leiden: Bokeh.
- HERNÁNDEZ BUSTO, Ernesto (2016): *La sombra en el espejo. Versiones japonesas*. Leiden: Bokeh.  
— (2016): *Muda*. Leiden: Bokeh.  
— (2017): *Inventario de saldos. Ensayos cubanos*. Leiden: Bokeh.
- HURTADO, Orestes (2016): *El placer y el sereno*. Leiden: Bokeh.
- JESÚS, Pedro de (2017): *La vida apenas*. Leiden: Bokeh.
- INGUANZO, Rosie (2018): *La Habana sentimental*. Leiden: Bokeh.
- KOZER, José (2015): *Bajo este cien*. Leiden: Bokeh.  
— (2015): *Principio de realidad*. Leiden: Bokeh.
- LAGE, Jorge Enrique (2015): *Vultureffect*. Leiden: Bokeh.
- LAMAR SCHWEYER, Alberto (2018): *Ensayos sobre poética y política. Edición y prólogo de Gerardo Muñoz*. Leiden: Bokeh, Colección Mal de archivo.
- MARQUÉS DE ARMAS, Pedro (2015): *Óbitos*. Leiden: Bokeh.
- MÉNDEZ ALPÍZAR, L. Santiago (2016): *Punto negro*. Leiden: Bokeh.



- MIRANDA, Michael H. (2017): *Asilo en Brazos Valley*. Leiden: Bokeh.
- MORALES, Osdany (2015): *El pasado es un pueblo solitario*. Leiden: Bokeh.
- (2018): *Zozobra*. Leiden: Bokeh.
- MOREJÓN ARNAIZ, Idalia (2018): *Una artista del hombre*. Leiden: Bokeh.
- PADILLA, Damián (2016): *Phana*. Leiden: Bokeh.
- PARRA, Yoan Miguel (2018): *Burdeos*. Leiden: Bokeh.
- PEREIRA, Manuel (2015): *Insolación*. Leiden: Bokeh.
- PÉREZ CINO, Waldo (2015): *Aledaños de partida*. Leiden: Bokeh.
- (2015): *El amolador*. Leiden: Bokeh.
- (2015): *La isla y la tribu*. Leiden: Bokeh.
- (2016): *Dinámica del medio*. Leiden: Bokeh.
- PONTE, Antonio José (2017): *Cuentos de todas partes del Imperio*. Leiden: Bokeh.
- (2018): *Contrabando de sombras*. Leiden: Bokeh.
- PORTELA, Ena Lucía (2016): *El pájaro: pincel y tinta china*. Leiden: Bokeh.
- (2016): *La sombra del caminante*. Leiden: Bokeh.
- QUINTERO HERENCIA, Juan Carlos (2016): *El cuerpo del milagro*. Leiden: Bokeh.
- RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna (2015): *Hilo + Hilo*. Leiden: Bokeh.
- (2015): *Las analfabetas*. Leiden: Bokeh.
- RODRÍGUEZ, Reina María (2016): *El piano*. Leiden: Bokeh.
- SÁNCHEZ MEJÍAS, Rolando (2016): *Mecánica celeste. Cálculo de lindes 1986-2015*. Leiden: Bokeh.
- SAUNDERS, Rogelio (2016): *Crónica del decimotercero*. Leiden: Bokeh.
- STARKE, Úrsula (2016): *Prótesis. Escrituras 2007-2015*. Leiden: Bokeh.
- TIMMER, Nanne (2018): *Logopedia*. Leiden: Bokeh.
- VALDÉS ZAMORA, Armando (2016): *La siesta de los dioses*. Leiden: Bokeh.

- VILLAVERDE, Fernando (2016): *Los labios pintados de Diderot*. Leiden: Bokeh.
- (2016): *La irresistible caída del muro de Berlín*. Leiden: Bokeh.
- WINTER, Enrique (2016): *Lengua de señas*. Leiden: Bokeh.
- WITTNER, Laura (2016): *Jueves, noche. Antología personal 1996-2016*. Leiden: Bokeh.
- ZEQUEIRA, Rafael (2017): *El winchester de Durero*. Leiden: Bokeh.